Dios, que quiere hijos amantes, y no esclavos cobardes; para honor de la virtud, cuya práctica es la fuente de la libertad y alegría verdadera, y para provecho de la sociedad, á la que todos debemos prestarnos según nuestras circunstancias.

Más de treinta impresiones se han hecho de esta obrita en la culta y católica Italia: esto basta para calificarla de clásica en su género. Los avisos que contiene están tomados de la doctrina de los Santos Padres, y por lo mismo la crítica debe mirarlos con respeto, para no exponerse á dirigir sus tiros contra los que la Iglesia reconoce por maestros.

Recibid, pues, el deseo que tiene de vuestra felicidad quien os hace este pequeño regalo, y ayudadle ante Dios con vuestras oraciones.

EL EDITOR ITALIANO

AL LECTOR.

Las almas justas que debían ser las más generosas, y andar rebosando en alegría santa, parecen por el contrario las más acuitadas y llenas de aflixiones. Ellas practican la moral del Evangelio, esto es, la filosofía más sublime, la que ennoblece los espíritus, la que forma las almas grandes y esforzadas, la única que puede hacernos experimentar en este amargo destierro la escasa felicidad que aquí puede lograrse. ¿Cómo, pues, se podrán componer tantos temores, cobardías y desconfianzas con una moral tan consoladora, tan noble, y tan divina?

Esta monstruosidad depende por lo común de que los que escriben ó hablan para instruir á las almas, suelen ser más diligentes para explicar la facilidad y multitud de maneras que hay de faltar, que no para declarar las circunstancias en que no se peca, y por eso las almas justas, más inclinadas á recelar que á confiar, suelen llenarse de pavor en las ocasiones en que no hay motivo para temer.

Conviene, pues, enseñar á un tiempo cuándo se quebranta la ley, y cuándo no se quebranta, para que el cristiano descuidado conozca sus deberes,
y el cristiano fervoroso no crea erróneamente que peca, cuando no hay pecado: y este segundo objeto que por
desgracia es el más descuidado, es seguramente el más importante, porque
de él depende la paz interior de los
amigos de Dios.

Estas reflexiones expuso en una carta el muy ilustre P. Cuadrupani, cuando escribió los documentos, que ahora salen á luz, para la tranquilidad de varias personas respetables que le suplicaron lo hiciese, en ocasión que predicaba la cuaresma el año de 1795 en la Catedral de Turín en presencia del rey y de los príncipes.

Estos documentos se imprimieron inmediatamente por orden superior, y el librito, verdaderamente de oro, que los contenía, corrió en breve tiempo por toda la Italia, y se multiplicaron las reimpresiones en Roma, en Florenrencia, en Pistoya, en Bolonia, en Génova, en Milán, y en otras muchas ciudades.

La edición presente, con la que se cuentan ya treinta y una, tiene la ventaja sobre todas las otras, de haber sido revista y aumentada en muchas cosas por el Autor, á instancias de personas respetables que la han promovido y procurado se haga con la mayor exactitud. Hallarás, piadoso y discreto lector, en estos documentos que te presento, una sencillez y una claridad maravillosa, unidas á la doctrina más profunda y más cierta, sacada de los Santos Padres. Va dividido este tratadito

en números; pero éstos son como otros tantos eslabones, que unidos estrechamente forman una sola cadena. Me lisongeo que será igual la complacencia con que lo recibas á el provecho que de él te resultare. Dios te guarde.

NUMERO PRIMERO. Obediencia. La obediencia, que en sentir de los Santos Padres, debe ser la directora de todo ejercicio de virtud, debe también ponerse por principio de todos los documentos bajo las reglas siguientes. 1. El que obedece al sacerdote del Señor, no obedece á un hombre, sino al mismo Dios, que dijo á sus ministros: El que os escucha á vosotros, á mí me escucha. 2. Ningún obediente verdadero se ha condenado; ningún desobediente se ha salvado. San Felipe Neri. 3. Dice San Bernardo que el que sigue sus propias opiniones y temores contra el dictamen de la obediencia,

no necesita demonio que lo tiente; porque él hace consigo mismo los oficios de demonio.

4. No debemos temer que el prudente director se engañe, ó que no nos conozca, ó que no nos hayamos explicado con él suficientemente, porque con semejantes temores, sería fácil eludir, ó suspender todo género de obediencia. Si tu director no te conociera bien, ó no te hubieras explicado bastante, él habría tenido cuidado de preguntarte más. Por otra parte, Dios ha prometido su asistencia y sus luces á los que hacen sus veces en la dirección de las almas, y esto debe bastar para obedecer con prontitud y con santa simplicidad, como se nos manda en las escrituras.

5. Dios no nos manifiesta el estado de nuestras almas á nosotros mismos; sino á los que deben dirigirnos en su nombre. Basta, pues, que te diga tu sabio director que vas bien, y que se halla en tí la misericordia y la gracia de Jesucristo. En todo debes obedecer;

15

pero principalmente en esto, pues dice San Juán de la Cruz, que no sosegarse con lo que dice el confesor, es

soberbia, y falta de fe.

6. El cristiano tiene obligación de obedecer: luego también tiene obligación de despreciar los temores que le ocurren de que peca, y obrar con desembarazo: "Te parecerá, dice San Bue-"naventura, que obras contra concien-"cia, y realmente obras conforme á la "obediencia: pensarás que pecas, y le-"jos de eso adquieres un gran mérito."

7. No basta obedecer cumpliendo exteriormente lo que se manda; es necesario obedecer también con la voluntad, y con el entendimiento: querer lo que quiere el que manda, y creer lo que dice que creamos. Hay más: sábete que en la sujeción de la voluntad, y del entendimiento, consiste especialmente el mérito de la santa obediencia. No puede ser agradable á Dios el sacrificio que no se le ofrece en espíritu y en verdad.

8. Sea tu obediencia simple, pronta, franca y universal. 1.° simple, porque

no debes discurrir, ni hacer otra reflexión más que ésta: debo obedecer. 2.º Pronta, porque obedeces á Dios. 3.º Franca, porque quien obedece á Dios, no puede errar. 4.º Universal, porque la obediencia se extiende á todo lo que no es pecado.

9. El confesor y director, depositario de tu obediencia, sea como debe ser: esto es, llemo de caridad, recto, sabio y prudente. (1) Sería muy conveniente leer sobre este punto el capítulo 4.º de le primera parte de la introducción á la vida devota de San Francisco de Sales.

10. Por último, advierte que bien puedes tener un sacerdote por confesor, y otro por director. ¡Cuántas almas dirigía San Francisco de Sales con sus consejos y con sus cartas, sin ser su confesor! Al director, dice el mismo Santo, se le manifiesta toda el al-

17

ma; al confesor sólo lo que es pecado. Menos basta para el oficio de confesor: las cualidades singulares se requieren especialmente en el director.

NUMERO II.

Tentaciones.

1. Si padecemos tentaciones, es señal de que Dios nos ama, dice el Espíritu Santo. Los más amados de Dios han sido regularmente los más tentados. "Porque eras agradable á Dios, dijo el ángel á Tobías, fué necesario que la tentación te probase."

2. No le pidas á Dios que te libre de la tentación; pídele solamente gracia para vencerla, y hacer su santísima voluntad. El que rehusa combatir, rehusa ser coronado. Confía en Dios y Dios combatirá en tí, contigo, y por tí.

3. Las tentaciones, dice San Francisco de Sales, son del demonio y del infierno; pero la mortificación que experimentas en ellas es de Dios y del

⁽¹⁾ Esta doctrina se entiende donde hay número suficiente de confesores entre quienes elegir; pero donde hay pocos ó tal vez uno sólo, debe esperarse que cualquiera tendr∡ la asistencia de Dios necesaria para dirigirnos.

cielo. Las madres son de Babilonia; pero las hijas son de Jerusalem. Desprecia, pues, las tentaciones, y abraza

la afficción con que quiere Dios purifi-

carte y coronarte.

4. Deja que sople el viento, y no te asustes con el ruído de las hojas de los árboles, como si fuera estrépito de enemigos armados. Debes tener por indudable que un padre infinitamente amoroso, como lo es Dios, no permite que sus hijos sean tentados más que para su ejercicio y mayor corona.

5. Cuanto más tiempo dura la tentación, tanto más cierto es que no has consentido. Dice muy bien San Francisco de Sales: "si el demonio sigue tocando la puerta de tu corazón, es señal de que no ha entrado." El enemigo no hace ruido con sus armas, ni ordena sus ataques al rededor de un fuerte que ya está sujeto á su poder. Si continúa la batalla, es prueba clarísima de que continúa la resistencia.

6. Temes ser vencido en el acto mismo en que eres ya vencedor. Ese temor nace de que confundes la propuesta con el asenso, la imaginación con la voluntad, y no distingues el sentir la tentación, del consentirá ella. La imaginación, por lo común, no depende de nuestra voluntad. San Gerónimo estaba en el desierto, y su imaginación le ponía delante, contra su voluntad, las danzas de las doncellas romanas: tenía ya frío el cuerpo con la penitencia, y todavía sentía en su corazón un molesto calor con el fuego de la concupiscencia. Mas el Santo en estas terribles batallas padecía; pero no consentía: era afligido; pero no culpado; antes por el contrario, cuanto más padecía, mayor mérito alcanzaba.

7. Por lo mismo decía San Antonio Abad á las malas imaginaciones: os veo; pero no os miro. Os veo, porque la fantasía representa aún lo que no se quiere: pero no os miro, porque la voluntad no lo admite, ni se complace en ello. "El pecado, dice San Agustín, es tan voluntario que si no es voluntario,

no es pecado." (1)

⁽¹⁾ De vera Relig. cap. 14 t. 1.

8. El deleite sensible, y la fuerza de la imaginación algunas veces son tan vehementes, que parece llevan ya consigo el asenso de la voluntad; pero no es así. La voluntad padece; pero no consiente: es combatida; pero no vencida. Esta es la ley de los miembros de que habla San Pablo, la cual resiste á la ley de la mente: hace que se sienta lo que no se quiere; pero no que se quiera lo que se siente.

9. Muchas veces Dios no te deja conocer que no has consentido á las tentaciones, para que te sujetes á lo que
te prescribe la obediencia. Así, pues,
cuando tu director te dice que no consientes, ó que no has consentido, debes
creer firmemente que así es, y tranquilizarte, sin temor de que no te haya
entendido ó conocido bien, ó de que no
te hayas explicado enteramente. Tales temores son artificios del demonio,
para estorbarte lograr el mérito de la
obediencia. Si hubiera de hacerse caso de ellos, todo acto de obediencia
quedaría sin efecto, como se dijo an-

tes, y ya no se consideraría á Dios en la persona del director.

10. Para cometer pecado mortal se necesitan tres cosas: 1.ª materia grave: 2.ª plena advertencia del entendimiento: 3.ª plena malicia de la voluntad. Esta doctrina debe servir para tranquilizar tu corazón, cuando te ocurra el temor de haber pecado, porque en una alma que teme á Dios, con mucha dificultad se reunen estas tres condiciones. Pero la más firme tranquilidad debe nacer de la obediencia.

11. En las tentaciones contra la fe, y contra la castidad, no te detengas en ejercitar actos contrarios directamente; dirige sólo hacia Dios amorosamente los ojos de tu alma, sin hablar, ni aun con el mismo Señor, de la tentación para no avivar más su idea: ocúpate en cosas exteriores, y prosigue tu ocupación, sin turbarte para nada, ni contestar al enemigo, como si no hubiera tal tentación. Así conservarás la paz de tu corazón y quedará confundido el demonio.

12. No te inquietes, aunque duren toda tu vida las tentaciones. Con su duración crecerá también tu premio. Lo que importa es que seas firme en despreciar la tentación y al tentador.

13. Observan los teólogos más doctos y los padres de espíritu que el despreciar la tentación es un acto contrario á ella, y que por ser de obra, es mucho más eficaz que el de palabra. Lee con atención los capítulos 3.º y 4.º de la 4.º parte de la Filotea, que te comunicarán grande luz y consuelo.

NUMERO III.

Oración.

1. Debemos amar la meditación, y emplearla frecuentemente en la pasión de Jesucristo, procurando sacar principalmente por fruto humildad, paciencia y caridad.

2. Si en la meditación, ó en el rezo de nuestras oraciones padecemos sequedad, no debemos turbarnos, ni pensar que Dios está enojado con nosotros; por el contrario, la oración seca es, por lo común, la más meritoria. Nos agrada menos á nosotros; pero agrada más á Dios, porque padecemos más por su amor. Tengamos presente que Jesucristo mismo oró entre mortales agonías.

3. Te parecerá tal vez que estás en la iglesia, y en la oración como una estatua ó como un candelero; mas acuérdate que las estatuas sirven de adorno en las casas de los grandes, y los candeleros en el altar, y que al menos semejante destino puedes tú tener en la casa de Dios. Aun sólo poder presentarse delante de su criador, sin hacer cosa alguna, es ya grande honor y felicidad para la criatura.

4. Cuando con advertencia y con malicia no admites actualmente las distracciones, no debes dedicarte á menudos exámenes sobre sus causas, para no inquietarte inútilmente. Vengan de donde vinieren, saca de ellas más bien

un nuevo mérito, poniéndote enteramente en las manos de Dios. Preguntado una vez San Francisco de Sales cómo le iba en su oración, respondió: "No os lo sabré decir, porque no pienso en eso. Recibo en paz lo que me envía el Señor. Si estoy consolado, beso la diestra de su misericordia; si estoy seco y distraído, beso la siniestra de su justicia." Este es el mejor método, porque como dice el mismo Santo: Quien ama la oración, debe amarla por amor de Dios, y quien la ama por amor de Dios, no quiere en ella más, ni menos, de lo que quiere Dios. Pues lo que nos sucede en la oración, eso es lo que quiere Dios.

5. El mismo Santo nos da la siguiente instrucción, que debe tenerse muy presente. "Será tener bien la oración el mismo hecho de mantenerse pacífica y tranquilamente en la presencia de nuestro Señor y delante de sus ojos, sin otra ansia ni pretensión, que la de estar con su Magestad y darle gusto." Y en otra parte: "No te hagas fuerza

á tí misma para hablar con el amor divino, porque ya le hablas bastante con sólo mirarle y presentarte á su vista."

6. Otra doctrina importantísima del mismo santo: "Muchos no distinguen entre Dios y el sentimiento (6 percepción sensible) de Dios; entre la fe, y el sentimiento de la fe, lo cual es un gravisimo defecto. Les parece que cuando no sienten á Dios, no están en su presencia, y esto es una grande ignorancia; porque una persona que padece el martirio por amor de Dios, probablemente en el tormento no pensará en Dios, sino solo en sus dolores, y sin embargo aunque no tenga el sentimiento de la fe, no por eso deja de merecer en virtud de su primera resolución, ni de ejercitar un acto de perfectísimo amor. Hay una gran diferencia entre estar en la presencia de Dios, y percibir sensiblemente, ó tener sentimiento de esta presencia." Hasta aquí el Santo.

7. Las oraciones vocales deben ser pocas, pero fervorosas. No es el mucho alimento, sino el alimento bien digerido el que nutre y da fuerzas. Vale más un Padre nuestro, ó un salmo de los más cortos, rezado con tranquilidad y con afecto, que muchos rosarios ú oficios rezados con inquietud y aceleración,

8. Si cuando rezas oraciones vocales, que no sean de obligación, te llama Dios á meditar, sigue su impulso, porque entonces mudas tus oraciones en cosa mejor y más agradable á Dios.

9. Conviene entrar en la oración con recogimiento, con paz, y sin ansia. Sobre esto escribía así San Francisco de Sales á una alma justa, pero muy ansiosa. "La grande ansia que tenéis en "la oración de hallar algún objeto que "consuele vuestro espíritu, es bastan-"te para que no halléis jamás lo que "buscáis. Cuando uno anda buscando "con gran prisa y aceleración una cosa "que ha perdido, suele suceder que la "toca con sus manos y la tiene delan-"te de los ojos cien veces, y no lo ad-"vierte. De tal ansia vana é inútil no

"grande fatiga de espíritu, y de ésta "una grande frialdad y estupidez en "el alma." Así el Santo.

10. No canses jamás tu espíritu con demasiada oración, sea vocal, ó mental. Cuando el alma siente tedio ó fatiga, conviene, si es posible, interrumpir ó suspender la oración, y descansar un poco con otra ocupación ó discurso, ú otro medio oportuno. Este es un excelente documento que da Santo Tomás (1) y los padres más ilustrados de Dios, y que es necesario practicar constantemente. De la fatiga del espíritu resulta, como ya vimos, tedio, frialdad y estupidez en el alma.

11. Jamás repitas lo que reces, aunque te parezca que has rezado con distracción. Son increíbles las angustias á que puede reducirte semejante costumbre, que por lo mismo debe prohibirse absolutamente. Basta tener habitualmente deseo de estar recogido en la oración. Dios premia el deseo igual-

^{[1] 2. 2.} q. 83. art. 14. in corp.

mente que la obra, dice San Gregorio el grande, cuando la perfección de la obra no depende de nuestra voluntad. En las distracciones involuntarias nos quita Dios su presencia; pero no su amor. Santa Teresa en sus sequedades y distracciones solía decir: Si no hago oración hago penitencia. Pero yo añado: haces penitencia y oración: penitencia, por la aflicción que padeces en tu espíritu; y oración, por el deseo que tienes de ella.

12. Tampoco debes repetir la oración ó el rezo, aunque te ocurran pensamientos contra lo mismo que meditas ó rezas, ó contra Dios; al contrario, prosigue tranquilamente como si tal cosa no hubiera, sin responder cosa alguna á los perros infernales, que pueden ladrar, pero no morder. "El demonio, dice San Agustín, es un formidable gigante para quien le tiene "miedo, y un niño sin fuerzas para "quien le desprecia."

13. Aunque se te pase todo el tiempo de la oración en desechar tentaciones y distracciones, sin lograr tener un buen pensamiento, te dice nuestro Santo que has tenido una oración tanto más meritoria, cuanto más dolorosa ha sido, la cual te ha hecho semejante á Jesucristo cuando oró en el huerto y en el calvario. "Acuérdate que siempre es mejor pan sin dulce, que dulce sin pan: que debemos buscar al Dios de los consuelos, no á los consuelos de Dios: que para ser grandes en la patria celestial, es necesario padecer en el desierto; que los trabajos más grandes, y más meritorios, son los del espíritu."

14. Es necesario tener entendido que cuando en las santas escrituras se nos ordena la oración continua, no se entiende la oración actual, en la cual no puede estar continuamente ocupado el hombre viador; sino que se entiende el deseo de dar gloria á Dios en todas nuestras acciones, el cual debe ser permanente en nosotros. Y así dice San Agustín: (1) Si tu deseo es frecuente,

⁽¹⁾ Desiderium tuum oratio tua est, et si continuum desiderium, continua oratio; Quidquid aliudagas, si desideras, non intermittis orare. In Ps. 37.